



Tendencias

Trabajar en equipo

Bcn
Producció'06
LA CAPELLA
BARCELONA

Comisarios: Amanda Cuesta, Manuel Oliveira y Valentín Roma
Hospital, 56
T. 93-442-71-71
Hasta el 7 de enero

BEA ESPEJO

Varios proyectos se desarrollan estos días entorno a la creación en colectivo. Proyectos que responden a la necesidad de una política de estímulo y apoyo a las bases de la creación artística, y que abordan de manera especial las dinámicas de trabajo para proponer otras posibles estructuras sólidas de promoción y difusión, más allá de los formatos expositivos. Una de estas iniciativas es la recién creada Xarxa d'Espais de Producció d'Arts Visuals de Catalunya, en la que responsables de los espacios, servicios y herramientas de trabajo (desde Idensitat de Calaf y Manresa, Can Xalant de Mataró, H. Associació per a les Arts Contemporànies de Vic hasta Experimentem amb l'art o Hangar de Barcelona) se han reunido en un proyecto común para buscar soluciones conjuntas a los problemas específicos de estos espacios para dar estabilidad a actuaciones.

La otra iniciativa actualmente en marcha es Barcelona Producció'06, el nuevo programa de carácter anual que inaugura La Capella con el objetivo de incentivar un marco de trabajo capaz de consolidar un contexto artístico barcelonés. Resultado de la primera convocatoria, planteada como plataforma de desarrollo de actuaciones difíciles de llevarse a cabo en los habituales canales, se presenta estos días una exposición resultado de las dinámicas surgidas con cada uno de los cinco proyectos seleccionados. En las paredes de La Capella puede verse el fresco propuesto por Enrique Radigales dentro de su interés por ver como tanto un formato tan físico como éste así como el digital son tecnologías que necesitan operadores especializados.

También los desenlaces de la investigación de Jorge Satorre en la revisión de la mítica *performance shoot* de Chris Burden, el segundo *single* de la colección *Las lilas de Jeleton*, así como la actuación de Dídac P. Lagarriga consistente en repartir el presupuesto en colectivos y asociaciones. Y por último, el trabajo de Julia Montilla sobre los nuevos movimientos religiosos que retrata uno de los objetivos de esta propuesta: la idea de que existen personas diferentes a nosotros que forman la base sobre la que desarrollamos nuestro sentimiento de pertenencia a un grupo. |

James McAlea, residente en el Palmar de Troya desde hace 28 años. Proyecto de Julia Montilla

ESPACIOS

Recorrido Su vastedad, su soledad, su silencio inspiran, sobrecogen; nada se parece a este territorio de frontera, tal vez la última

Patagonia, melancolía

Il n'y a plus que la Patagonie, la Patagonie qui convienne à mon immense tristesse...

JOAN NOGUÉ

No sé muy bien por qué razón, pero cuando pienso en Argentina pocas veces me vienen a la memoria los paisajes subtropicales de las provincias del noreste; o los paisajes de alta montaña de la cordillera de los Andes, que Argentina comparte con Chile a lo largo de centenares de kilómetros. Cuando pienso en Argentina casi siempre acuden a mí los paisajes de la Patagonia. A lo mejor se debe a que los dos primeros, a pesar de su espectacularidad y atractivo innegable, no son tan exclusivos de Argentina como sí lo son los de la Patagonia; o quizá porque la Patagonia me traslada a un peculiar universo de sensaciones que trascienden a la propia Argentina, como en el verso del poeta Blaise Cendrars con que se abre este artículo.

Argentina es un país enorme, algo que a menudo olvidamos y que en buena medida se debe a nuestra deformada mirada cartográfica, que, a su vez, ha influido en nuestra concepción cultural y geopolítica del mundo. El mapa, en ver-

Atlántico, truncadas una y otra vez por serranías, cañadones, depresiones y amplísimos lechos fluviales a veces secos, todo ello cubierto por asociaciones vegetales de carácter estepario. Y siempre bajo la presencia constante del viento del oeste, una severa inclemencia climatológica que quizá fuera lo que indujera a Darwin a calificar esta tierra de "maldita". Éste es, sin duda alguna, el reino de los vientos, aunque también el de los cielos, si atendemos a su majestuosidad.

La grandiosidad del territorio, las enormes distancias entre los núcleos habitados, los horizontes que nunca se alcanzan, las carreteras que parecen llevar a ninguna parte, una cúpula celeste que de día se asemeja a una inmensa bóveda que te protege y abraza y en una noche estrellada, dominada por la imponente Cruz del Sur, parece haberte abandonado en medio de la galaxia; todo ello -y más- provoca una misteriosa sensación de infinitud y de soledad y confiere a este espacio un cierto aire de última frontera, que no se contradice para nada con la historia geopolítica del territorio. En efecto, la Patagonia ha sido siempre un territorio marginal en la conformación tanto del antiguo Virreinato del Río de la Plata como del propio estado-nación argentino, constituido como tal entre 1860 y 1890. La dureza del medio, la ausencia de vías de comunicación importantes que cohesionen el territorio y la inexistencia de una capital regional y de una verdadera trama urbana que articule el conjunto han mantenido durante siglos a este vasto territorio en una especie de limbo, en una marca fronteriza, situación idónea para conculcar todo tipo de derechos humanos cuando ello ha sido necesario. La imagen que de esta región han transmitido los viajeros europeos ha dejado en un segundo plano el exterminio de los indígenas o la brutal represión de los peones rurales entre 1920 y 1921 bajo la presidencia de Hipóli-

Sus 'tremendas larguedades' se plasman en un paisaje de mesetas truncadas por serranías y cauces



01

01 Estación de tren en Las Buitreras

02 Dunas en el lago Argentino

03 Un gaucho toma mate en un descanso

04 El viento levanta una tormenta de arena

05 Un gaucho en la casa en la que trabaja y duerme

dad, no nos sugiere ni remotamente que Argentina, con 2.791.810 Km², es cinco veces mayor que España, país que, sin embargo, lo supera en población (España tiene ya más de 44 millones de habitantes, frente a los 36 de Argentina). La Patagonia (786.983 Km²) representa más de un 28% de este vasto territorio y está poblado tan sólo por poco más de un millón y medio de habitantes, lo que representa un mísero 4.7% de la población total. La inmensidad y la escasa densidad de población, que apenas supera los 2 habitantes por Km², le confieren ya de entrada un rasgo peculiar, que ha condicionado desde siempre el modelo de ocupación del territorio y las relaciones sociales que en él se han dado. Esta vastedad -estas "tremendas larguedades", en palabras de Cuevas Acevedo-, se plasma en un paisaje singular constituido por un sinfín de mesetas y de planicies que descienden en escalones desde el piedemonte de la cordillera andina hasta el

to Irigoyen, sólo conocida por el gran público cincuenta años más tarde a raíz del film *La Patagonia rebelde*, de Héctor Olivera, basada en la exhaustiva investigación realizada por Osvaldo Bayer entre 1972 y 1978. Y en nuestros días quizá convendría recordar más a menudo la presencia y el papel de multimillonarios extranjeros y de grandes empresas en la zona, como Repsol y Benetton, esta última propietaria de 900.000 hectáreas.

Como no podía ser de otra manera, un espacio como el descrito estaba destinado a generar una ingente cantidad de textos y de libros de viajes, desde el ya clásico de Antonio Pigafetta, *La primera vuelta al mundo* (1525), a los más recientes *El poblamiento de la Patagonia* (2001), de Luis Alberto Borrero, o *La zanja de la Patagonia* (2005), de Vanni Blengino, sin olvidar los best-sellers de menor calado *The Old Patagonian Express* (1979), de Paul Theroux, y el de Bruce Chatwin, *In Patagonia* (1987). Los directores del creativo cine argentino contemporáneo también han sucumbido al encanto de sus paisajes, quizá porque pocos lugares son tan apropiados como la Patagonia para mezclar realidad y ficción. De entre estos últimos, citar a Alejandro Agresti (1961) y a Carlos Sorín (1944). El primero, con *El viento se llevó lo que* (1998), homenajea al propio cine, porque el cine es, en la trama del film, el

© PAUL ALMASY / CORBIS



02

© ANTHONY JOHN WEST / CORBIS



03

© JANET JARMAN / CORBIS



04

© HUBERT STAHLER / CORBIS



05

© ZACK SECKLER / CORBIS

único entretenimiento de los habitantes de un pequeño pueblo de la Patagonia aislado del resto del país y del mundo.

Carlos Sorín ha filmado en la Patagonia cuatro de sus mejores películas: *La película del Rey* (1986), *Sonrisas de New Jersey* (1989), *Historias mínimas* (2002) y *Bombón, el perro* (2004). Desde mi punto de vista, nadie como él se ha servido de la magia del lugar y de sus gentes con tanto acierto y sensibilidad, sobre todo en *Historias mínimas*, película que logró el premio especial del jurado del Festival de Cine de San Sebastián en 2002 y los halagos de un Win Wenders entusiasmado. Las imágenes de Don Justo (Antonio Benedicetti), el abuelo octogenario en busca de su perro Malacara, caminando solo al amanecer por un paisaje desolado de la Patagonia austral, son bellísimas, como también lo es su mirada perdida en el horizonte cuando se sienta a descansar y a tomar mate delante del desolado establecimiento que regenta su

hijo. Cuando encuentre al perro volverá a casa en *El Patagón*, el autobús de línea que también recoge a María Flores (Javier Bravo), de vuelta también al corazón de la Patagonia después de vivir una experiencia irrelevante, pero para ella formidable, en San Julián. Y correrá por la misma ruta solitaria Roberto (Javier Lombardo), el simpático y agudo vendedor-viajante, el tercer personaje que Sorín desplaza en su película por la estepa patagónica como si de una *road-movie* se tratara. Personajes todos ellos entrañables, de una calidad humana extraordinaria, atentos a los más nimios detalles de la vida cotidiana, detalles que en un entorno tan imponente adquieren una magia especial.

La Patagonia, en efecto, está en Argentina, pero ya forma parte de los imaginarios paisajísticos y de las utopías geográficas de muchos de nosotros. Y, si existiera un tratado universal de geopolítica, ocuparía en él un lugar destacado.

Mundo Vuelve Casi Entero



IRENE BOSCH

Un cielo sin mí

En uno de esos cines de Barcelona que hoy no existen vi 'Supermán' por primera vez. Yo tenía ocho años, me llamaba Lolita Bosch y fui al estreno con mi familia. Recuerdo el impacto que me produjeron Supermán y Louise Lane. Aunque lo confundo todo con el volumen de la música

LOLITA BOSCH

Quise repetirlo. Siempre he querido volver a aquel momento. Y sólo sé hacerlo cantando: a gritos. No obstante hace un par de meses se remasterizó 'Supermán' y pude ir de nuevo al estreno. Fue en un cine de Barcelona que cuando yo era pequeña no existía, y en esta ocasión iba con una familia que no era la mía y una niña que no era yo: mi amiga Laura, hija de mi amigo Narcís. De modo que fuimos al cine y esperamos a ver si sucedían las cosas que sucedieron antes. Porque la primera vez que vi 'Supermán' yo tenía ocho años y me llamaba Lolita Bosch. Vivía en el tercer segundo de un edificio del barrio de San Gervasio de Barcelona y me sentí muy impactada por tres cosas: la capa de Supermán, sus botas rojas y el trabajo de Louise Lane. Y desde entonces quise ser un poco de todo aquello y sólo se me ocurrió un modo de conseguirlo: volar, alcanzar el volumen de la música de la película y, como Supermán y Louise, emprender el vuelo.

De modo que ahora, en una sala que antes no existía, he pensado que al volver a escuchar la música en el cine sin duda ocurriría algo. Y cuando comienza la película le susurro con emoción infantil a mi amigo Narcís: ¿te acuerdas de antes? Y antes, a Narcís, se lo dice todo. Porque somos amigos desde siempre. Tanto, que casi podríamos haber visto juntos 'Supermán' la primera vez. Aunque yo en aquella ocasión fuera al cine con mi familia y no con la suya.

Y sin embargo, desde entonces, ambos gritamos la música de la película cada vez que queremos volar.

Así que camino al cine, Narcís y yo gritamos la canción de 'Supermán' y yo le cuento a Laura el impacto que sentí la primera vez que vi la película: fue maravilloso. ¿Por qué?, pregunta ella. No sé: la capa, las botas rojas, el trabajo de Louise Lane... Lolita siempre ha querido ser Louise Lane, dice Narcís. Y él, Laura y yo nos reímos un poco. Luego gritamos los tres la canción de Supermán y Laura aprende a volar. Entonces le explico: Dos días después de haber visto la película por primera vez, encontré una noticia en un periódico que decía: "Supermán está creando alarma entre los padres. Ayer por la mañana una niña que había ido al estreno con su familia la tarde anterior murió al saltar del balcón de un tercer piso con unas botas de agua rojas y una tela anudada al cuello en forma de capa. Se llamaba Lolita Bosch, tenía ocho años y vivía en el barrio de San Gervasio de Barcelona". ¡Va!, se ríe Laura, esto es imposible. Pero Narcís deja de cantar, aterriza de inmediato y me pregunta: ¿tienes el recorte de prensa guardado? No, he ido varias veces a la hemeroteca pero no puedo recordar el periódico ni el día. Y como ve que su padre me cree, Laura suspira y exclama: ¡me hubiera encantado verlo! Y Narcís dice: y a mi guardarlo. Uf, digo, pues a mí lo que más me hubiera gustado es ser Louise Lane y escribirlo. ¿Y lo escribirás ahora? No sé, respondo. Y luego los tres entramos al cine volando